

EL LEGADO GEOPOLÍTICO DE ALEJANDRO VON HUMBOLDT Y SUS APORTACIONES AL MÉXICO INDEPENDIENTE

THE GEOPOLITICAL LEGACY OF ALEJANDRO VON HUMBOLDT AND ITS CONTRIBUTIONS TO INDEPENDENT MEXICO

Resumen

El objetivo de este ensayo consiste en retomar los planteamientos geopolíticos del científico alemán Alejandro de Humboldt a partir de su visita a varias de las colonias novohispanas del Nuevo Mundo, particularmente a la que él consideró “la joya de la corona”; es decir, el territorio de la Nueva España (México) a inicios del siglo XIX.

Al respecto, Humboldt legó, a través de su obra el Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España, relevantes aportaciones para el devenir del México independiente y su proyección geopolítica hasta el siglo XXI, con lo cual la obra de Humboldt se convierte en un sustento básico en el ámbito de los estudios geopolíticos que se adelantan en México, logrando con ello afianzar criterios tales como la “conciencia territorial” y las ventajas de la posición geoestratégica de México frente al mundo en los tiempos actuales.

Palabras claves

Humboldt, México, geopolítica, Nuevo Mundo, conciencia territorial.

Abstract

The objective of this article is to regain geopolitical approaches the German scientist Alexander von Humboldt from his visit to the New World, several of the New Spain colonies, but particularly to that considered himself “the crown jewel” is meaning the territory of New Spain (Mexico) in the early nineteenth century. In this regard, Humboldt bequeathed through his work Political Essay on the Kingdom of New Spain important contributions to the future of independent Mexico and geopolitical projection to the XXI century, which, Humboldt’s work becomes a living in the field of basic geopolitical studies underway in Mexico, thereby achieving strengthen criteria such as “territorial consciousness” and the advantages of the geostrategic position of Mexico to the world in the times.

Key words

Humboldt, Mexico, geopolitics, New World, territorial consciousness.

DOCTORA MARÍA DEL PILAR OSTOS CETINA

Es Doctora en Ciencias Políticas y Sociales con Orientación en Relaciones Internacionales por la UNAM. Maestra en Estudios Internacionales y Licenciada en Ciencias Políticas con énfasis en Relaciones Internacionales por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt con adscripción al Centro de Estudios Superiores Navales (CESNAV) de la Secretaría de Marina-Armada de México.

Es investigadora en el Instituto de Investigaciones Estratégicas de la Armada de México; en el CESNAV imparte cátedra a los alumnos del Doctorado en Defensa y Seguridad Nacional y en las

Maestrías de Seguridad Nacional, Administración Naval, Ciencia Política y en la Especialidad en Geopolítica.

Es posdoctorante de la Coordinación de Humanidades en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM. Ha laborado como asesora del Jefe de Cancillería de la Embajada de México en Colombia. Es miembro de la Asociación Mexicana de Estudios Internacionales (AMEI). Sus principales líneas de investigación son: Geoestrategia y Geopolítica de América Latina y el Caribe, seguridad nacional, seguridad global y talasopolítica.

Correo electrónico: mpostos@yahoo.com

Artículo recibido el 16 de octubre de 2016. Aprobado 16 enero de 2017.

Los errores remanentes son responsabilidad de los autores.

Introducción

Numerosos y variados han sido los escritos que se han elaborado durante casi dos siglos entorno a la figura del científico alemán Alexander Von Humboldt; sin embargo, un aspecto necesario de analizar surge al cuestionarnos ¿Cuáles fueron sus aportaciones para la configuración de lo que vendrá a ser el campo de estudio de la geopolítica? Además, ¿Qué tanta incidencia tuvieron sus planteamientos geopolíticos en el devenir del México independiente a partir de los primeros decenios del siglo XIX?

Un primer paso para abordar tales interrogantes, sugiere un acercamiento con respecto a nuestro personaje central, Alexander Von Humboldt, indagando sobre todo en aquellos aspectos que incidieron en su particular manera de ver y analizar los acontecimientos de su época.

Su original y pequeña localidad de Tegel y la propia nación de Berlín se convirtieron en el espacio natural de mayor interacción para Humboldt, criado en medio de las comodidades y privilegios de cualquier familia de élite. Para garantizar dicho status, su padre, Alexander Georg Von Humboldt, se destacó como oficial de alto rango dentro de las filas del ejército de Federico el Grande de Prusia. Entre tanto, su madre, Marie Elisabeth Von Hollwege, descendiente de hugonotes de Borgoña exiliados en Prusia, brilló por su excelsa cultura y destacó además al poseer una cuantiosa fortuna heredada de un matrimonio anterior.

En ese mismo contexto, la temprana juventud de Alexander transcurrió junto a la de su hermano mayor Wilhelm, entre Tegel y Berlín, esta última la capital prusiana, la cual se caracterizaba en aquel momento, según Helmut de Terra, el biógrafo de Alexander por los siguientes aspectos:

Berlín era la cuarta parte del tamaño de París, Federico el Grande había hecho lo posible por dotar a Berlín de un núcleo de cultura italiana y francesa, de acuerdo con su preferencia por las ciencias y las letras francesas y por la música italiana, desconfiaba de la cultura germánica. Nombró presidente de la Academia de Ciencias a Pierre-Louis Maupertius, un físico y matemático parisiense que había determinado el achatamiento terrestre en los polos. Pero al hombre de la calle le importaba poco que este francófilo que ocupaba el trono gustara la compañía de excéntricos extranjeros, siempre y cuando persistiese en su proyecto de convertir a Berlín en un centro manufacturero de lanas, algodones y sedas (Rucinque y Jiménez, 2001: 106).

Así, en medio de tales circunstancias y tras presentarse la pérdida de su padre, la crianza de Alexander y de su hermano mayor quedó a cargo de su progenitora, empeñada en proporcionarles la más sobresaliente formación

profesional. Para el logro de tal objetivo, se contrataron tutores privados como se estilaba entre las familias adineradas de su tiempo, destacándose los servicios de Joachim Heinrich Campe y Gottlob C. Kunth, siendo “el primero quien le despertara la imaginación a través de las narrativas de viajes, mientras que el segundo formaría a Alexander en la filosofía rusioniana y en la adquisición de nuevos idiomas, entre ellos el hebreo, el cual pondría en práctica al integrarse al círculo cultural del intelectual judío Moses Mendelssohn, abuelo del famoso compositor”, (Labastida, 1999: 365).

En 1787, Humboldt ingresó como estudiante de Ciencias Administrativas Económico-Políticas y Sociales en la universidad de Frankfurt. Posteriormente, se incorporó a la universidad de Gotinga, en donde se graduó en física y geología, respectivamente, además de llevar a cabo estudios de astronomía, botánica y meteorología. Precisamente allí tendría oportunidad de tener como condiscípulo al príncipe austriaco Clemente Metternich, personaje clave para la diplomacia de Viena en los años subsiguientes, además de compartir las aulas con el también destacado estudiante de matemáticas J. Oltmanns, quien años después se integró a los trabajos de investigación dirigidos por el propio científico prusiano.

Por esa misma época, de entre sus primeras prácticas de campo destaca un inspirador viaje académico que realizó Humboldt de la mano de Georg Forster (un botánico veterano de muchas travesías, entre ellas la vuelta al mundo al lado del capitán James Cook). Aquel viaje se hizo en la primavera de 1790, comenzando con observaciones sistemáticas acerca del paisaje característico del curso del Rin hasta Holanda, para luego trasladarse a su principal destino en Inglaterra. El regreso lo hicieron a través de la Francia revolucionaria, llegando a París a mediados de aquel año (Rush, 2001).

De tan rica experiencia formativa, cristalizó tanto el decidido interés de Humboldt por la geografía y el trabajo científico de campo como el fortalecimiento de sus ideas liberales (reafirmadas a través del entusiasmo con que Forster secundó el ideario revolucionario en este joven científico). Asimismo, se considera que dicha experiencia de viaje contribuyó además a afianzar el perfil ideológico de Humboldt, asumiendo el prototipo de un librepensador, aspecto que para algunos biógrafos devienen de la marcada influencia de Kunth, uno de sus más allegados tutores, quien a su vez lo introdujo en medio de la “polémica” corriente filosófica del *deísmo*, cuyo principal objetivo consiste en explicar cualquier fenómeno de la realidad prescindiendo de respuestas de carácter metafísico y religioso.

En ese sentido, Humboldt no escatimó en deslindarse en sus variados estudios de enfoques *teleológicos* como explicación a aquellos fenómenos presentes en el medio natural. A pesar de algunas menciones a “la creación”, él sostenía que el orden de la naturaleza —“el plan de la creación”— puede ser entendido científicamente sin confiar en la fe religiosa o el sentimiento, o

sin acudir a la teología natural. Obviamente, tales posturas no evitaron que se convirtiera en objeto de severas críticas por parte de aquellos que lo llegaron a tildar de volteriano y librepensador; equiparándolo con los hegelianos heterodoxos, los opositores le criticaban que hubiese colocado al *Cosmos* en una suerte de neutralismo, exigiéndole una postura política dentro del trabajo científico (Paulsen, 2013: 269).

Siguiendo con la formación profesional del célebre alemán, cabe mencionar su incorporación a la Academia de Freiberg en el año de 1791. Lugar donde se especializaría en los estudios de mineralogía, que a posteriori le ofrecerían una sólida experiencia no sólo como asesor y consejero de minas, sino también como negociador entre autoridades y el sector minero, sin dejar de lado el cúmulo de conocimiento que le aportarían sus viajes de inspección a diferentes ciudades alemanas y distintos destinos en toda Europa (logrando con ello un hábil manejo de recursos estratégicos), así como se destacaría en sus posteriores visitas a las minas de oro y plata en el Nuevo Mundo.

En medio de esta sucesión de hechos, el fallecimiento de la madre de Humboldt para el año de 1796, lo conducirán prontamente a tomar la decisión de separarse de su cargo como supervisor de minas y emprender su mayor propósito: convertirse en un hombre de ciencia.

Para ese momento contaba con 27 años de edad, disponía de una herencia lo suficientemente onerosa, y una destacada formación en diversas disciplinas, privilegiándose su preparación en materias como geología, botánica, geografía, astronomía, zoología, humanidades clásicas y el dominio de los idiomas inglés, español, francés e italiano (Gillis, 2012); convirtiéndose en la base fundamental de lo que vendría a ser la configuración de un pensamiento inter o multidisciplinar, esencial al momento de proponer una metodología *ad hoc* a la formación futura del campo de estudio de la geopolítica.

El quehacer de Humboldt y sus aportaciones al devenir de la geopolítica

Efectivamente, la conjunción entre la formación académica (multidisciplinar) y la experiencia de viaje de la cual se privilegió un hombre de élite como Humboldt desde muy temprana edad, contribuyeron en el diseño y formulación de lo que será una auténtica *metodología para la investigación geopolítica*, versada en la relación que él hizo entre el medio físico o natural y los individuos a través de relaciones de poder que transcurren en el ámbito internacional, lo que en síntesis se concretaría en su visión sobre el *Cosmos*.

De este modo, Humboldt se interesó por otorgar a cada territorio que visitó una interpretación integral y sistémica, lo cual incluía en su análisis aspectos tanto políticos, económicos, demográficos, geográficos, socio-culturales y militares, además de antropológicos, arqueológicos, botánicos, climatológicos,

geológicos y astronómicos; siendo esta la esencia de un conocimiento multidisciplinario e íntimamente ligado al valor geoestratégico que representa un determinado espacio territorial sobre el planeta, lo que señala las bases de una *metodología* para lo que vendrá a ser el futuro desarrollo de la disciplina geopolítica tanto en su versión “práctica y formal” (Revista Geopolítica (s), 2010: 11-13).

En consonancia con lo anterior, la acción de conjuntar el viaje con la labor científica, haciendo uso de aparatos de medición variados (brújula, barómetros, sextantes, termómetros, cronómetros, telescopios, compases, etc.), se convertiría en un soporte esencial para el trabajo de campo que realizarían Humboldt y su compañero de investigación, el médico francés Aimé Bonpland, al permanecer durante cerca de cinco años en varias de las colonias novohispanas, incluyendo una corta estancia en el corazón político e intelectual de Estados Unidos. Con ello, se propusieron, además, trascender a las indagaciones de experimentados viajeros como fueron los casos de los franceses, Pierre Bouguer y Charles Marie de La Condamine, quienes en el pasado se aventuraron a recorrer la cordillera de los Andes y a esbozar el carácter geoestratégico de la cuenca amazónica por el año de 1735 (Bourguet, 2003: 184).

Derivado de esto último, no cabe duda que el auge de la intelectualidad francesa en materia geográfica había alcanzado una connotada reputación en toda Europa, situación que acrecentó el ánimo de Humboldt, cuando en el verano de 1798 recibió una singular invitación proveniente de “uno de sus héroes de la infancia, (Louis Antoine de Bougainville, famoso por su circunnavegación en globo que una generación antes había recibido la orden del Directorio que entonces gobernaba a Francia) para que organizara una misión de exploración científica de cinco años, la cual contemplaría largas estancias en Sudamérica, el Pacífico Sur, el Sudeste de Asia, la Costa Oriental de África e incluso la Antártida”, (Rush, 2001).

Sin embargo, razones de orden político impidieron que dicho proyecto se concretara. Particularmente, el riesgo de conflicto entre Francia y Austria, lo cual dio un viraje a las prioridades al interior del imperio encabezado por Napoleón Bonaparte. En medio de tales circunstancias, Humboldt tiene la intención de trasladarse hasta Egipto a bordo de la fragata sueca que conduciría al cónsul Skoldebrandt a Argel, con el pretexto de seguir la ruta de las caravanas que se dirigían en dirección a La Meca.

Una vez allí, el propósito siguiente consistía en trasladarse desde el Golfo Pérsico hasta las colonias inglesas -en las grandes Indias-. Sin embargo, la pertinencia de estos hechos no se logran concretar; este hecho se atribuye en parte al estallido del conflicto entre Francia y los berberiscos que impidió de nueva cuenta la salida de Humboldt desde Marsella, donde permaneció dos meses, impaciente por encontrar alternativas a la consecución de su plan de

viaje, por lo que al final toma la decisión de viajar a España, considerando que era más viable pasar de Cartagena a Argel y Túnez bajo el pabellón español y con las mira de alcanzar por fin su lugar –quimérico- en dirección a Oriente. (Humboldt, 2003: 57).

Así, al igual que lo hiciera previamente Cristóbal Colón, Humboldt compartió con el marino genovés el deseo de alcanzar las Indias orientales; situación que los llevó, sólo que en épocas distintas, a zarpar desde los puertos españoles a través de la colosal avenida que ofrecen las aguas del Atlántico.

Del frustrado encuentro con las Indias orientales al re-descubrimiento científico del Nuevo Mundo

Después de ver frustrados varios proyectos de viaje en compañía de los expedicionarios franceses, Humboldt y Bonpland deciden aceptar la propuesta de su colega y amigo, el barón de Forell, quien en su calidad de Ministro de la Corte de Sajonia ante la de España y experto en mineralogía, les sugiere se trasladen a España para cabildear ante la Corona la posibilidad de obtener el *salvoconducto* mediante el cual se les autorice explorar las colonias españolas en América y sus posesiones de ultramar en las Filipinas, tal como lo relata el propio Humboldt a continuación:

Fui presentado a la Corte de Aranjuez, en el mes de marzo de 1799. El rey se dignó acogerme con bondad. Le expuse los motivos que me inducían a emprender un viaje al nuevo continente y a las islas Filipinas, y presenté una memoria sobre esta materia al secretario de Estado. El caballero de Urquijo apoyó mi solicitud y logró allanar todos los obstáculos. El proceder de este Ministro fue tanto más generoso cuanto no tenía yo nexo ninguno personal con él. El celo que mostró constantemente para la ejecución de mis proyectos no tenía otro motivo que su amor por las ciencias. Es un deber y una satisfacción para mí consignar en esta obra el recuerdo de los servicios que me prestó (Puig-Samper, 1999: 335).

Ciertamente se trataba de un momento coyuntural para la propia España, cada vez más imbuida en las pretensiones de expansión por parte de la Francia napoleónica, lo que de cierta manera les hizo creer a hombres de ciencia y poder como el entonces Ministro español, Mariano Luis de Urquijo, la pertinencia de “inventariar” con mayor detalle y precisión las riquezas mineras en sus dominios novohispanos, particularmente en los virreinos de la Nueva España, Nueva Granada y Perú; lo cual coincidía con el expectante viaje que le fuera autorizado a Humboldt, siendo en aquel momento uno de los mayores expertos en el campo de la mineralogía y otras disciplinas afín.

Tomando en consideración los intereses vitales de una España cada vez más

vulnerable a las pretensiones de sus enemigos cercanos, pero también distantes como se presentaban en sus respectivas colonias, los mismos que fraguaban la caída del que fuera conocido antes como un colosal imperio, se autorizó un amplio permiso para que el científico prusiano y su colega francés visitaran sin mayores limitaciones ciudades como Puerto Rico, Cuba, México, el Reino de Nueva Granada, Perú, Chile y Buenos Aires, al igual que las Filipinas, considerando que la vuelta se hiciera por las Indias Orientales.

Otra de las peticiones que se le autorizaron a Humboldt fue la de trasladar varios de sus instrumentos empleados en el terreno de la física, la astronomía, la química y la matemática, además de permitirle la recolección de plantas, animales, semillas, y minerales. Ese mismo permiso, incluía además, disponer de información de primera mano, la cual debía de ser proporcionada por las autoridades locales en los respectivos virreinos o capitanías que visitaran, lo que posteriormente serviría para enriquecer la toma de decisiones del imperio, al igual que de instancias como el Real Gabinete de Historia natural y los Jardines Reales.

Una vez cubiertas las formalidades de dicho permiso ante la corona, Humboldt decide zarpar del puerto La Coruña (España), el 5 de junio de 1799, a bordo de la corbeta “Pizarro” rumbo a las Islas Canarias; lugar que se convertiría en su primera escala científica, donde entre otras cosas, lograría realizar un avanzado estudio sobre las condiciones del afamado pico del Teide. De ahí que la siguiente parada se tuviera prevista en la isla de Cuba; sin embargo, la noticia de una epidemia abordó obligó al capitán de la nave a tener que aproximarse al puerto más cercano en tierra firme, en este caso en Cumaná (Venezuela), arribando el 16 de julio de 1799.

Una vez en las costas de Cumaná en la América Meridional, los recién llegados se dedicaron a hacer un exhaustivo trabajo de investigación *–tierra adentro–*, que les permitiría hacer un perfil de esta primera capitanía que a su parecer se dividía en tres zonas distintas, extendidas de Este a Oeste. Una primera, la que correspondía a la *selva* en las inmediaciones de la frontera con el reino del Brasil donde permanecían misioneros y soldados. Una segunda, la zona de los *llanos* caracterizada por sus vastas praderas, dotada de una considerable producción de alimentos, y finalmente la región de los *litorales*, cercana a valles cálidos y templados propicios para el desarrollo y la concentración poblacional.

Así, sus primeras observaciones vinculadas a la condición geopolítica del territorio venezolano, precisaban una serie de atributos, cuya preponderancia estaría definida por su ubicación *horizontal* que le brindaban no sólo sus llanos, sino también sus amplios litorales, acompañados de constantes puertos sobre el Mar Caribe; lo que convirtieron a la entonces capitanía de Venezuela en esa especie de “esquina” continental, ejemplar para el intercambio comercial y también para el rápido contacto con aquellas ideas e influjos provenientes del extranjero, según lo describió Humboldt al precisar que:

La ventaja de Venezuela estará en sus diversos puertos, esos que le van a permitir el contacto con el mundo exterior. La multiplicidad de sus puertos y la seguridad de sus aterrajajes en las diferentes estaciones, aprovechan todas las ventajas que ofrece el mar interior de las Antillas. En ninguna parte la comunicación con las grandes islas, y aún con las de Barlovento, pueden ser más frecuentes que por los puertos de Cumaná, Barcelona, La Guaira, Puerto Cabello, Coro y Maracaibo: en ninguna parte ha sido más difícil de restringir el comercio ilícito con los extranjeros. ¿Habrá que admirarse de que esta facilidad de relaciones comerciales con los habitantes de la América Libre y los pueblos de la Europa agitada haya aumentado a un tiempo, en las provincias reunida bajo la Capitanía General de Venezuela, la opulencia, las luces y ese deseo inquieto de un gobierno local que se confunde con el amor de la libertad y de las formas republicanas? (Briceño, 2006: 152-153)

Después de una estancia de algunos meses en la Capitanía General de Venezuela, ambos viajeros arribaron a La Habana (Cuba) tras una navegación muy larga y peligrosa que casi los hace zozobrar. Se trató de una visita corta, aproximadamente de tres meses en la mayor de las Antillas, donde Humboldt se propuso establecer la longitud de toda la isla, estudiar todo lo concerniente a los ingenios azucareros y descifrar su importancia en materia de seguridad y defensa en el área del Mar Caribe, convirtiéndose en una aportación muy sugerente para la comprensión geopolítica de dicha isla.

Efectivamente, dice Humboldt, “estaba a punto de zarpar hacia Veracruz con la idea de alcanzar Acapulco, vía México, y navegar directamente desde allí hasta las islas Filipinas y luego, si fuera factible, seguir hasta Bombay, Alepo y Constantinopla, cuando llegaron falsas noticias sobre el viaje del capitán Baudin que le alarmaron e hicieron cambiar sus planes. La Gaceta anunciaba que este navegante partiría desde Francia con destino a Buenos Aires, y desde allí, por el Cabo de Hornos a Chile y las costas del Perú.” En efecto, Humboldt había prometido tanto al Capitán Baudin, al igual que al Museo de París que desde cualquier parte del globo en que se encontrara haría lo posible por unirse a la expedición francesa. (Humboldt, 2003: 59).

La apremiante necesidad de Humboldt por sumarse a dicha expedición lo llevó a adelantar el envío de sus manuscritos científicos a Europa, aquellos que había elaborado entre los años de 1799 y 1800. Sin más espera, el siguiente paso consistió en fletar una pequeña goleta en Batabano hasta Cartagena (Colombia) para desde allí dirigirse lo más pronto al istmo panameño, con el principal propósito de alcanzar las aguas del Océano Pacífico, teniendo así la confianza de sumarse por fin a la expedición francesa encabezada por Baudin, ya fuera en el puerto de Guayaquil (Ecuador) o el Callao (Perú). No obstante, la premura del científico prusiano por incorporarse a dicha expedición se verá de nuevo frustrada, luego de ser informado sobre la

permanencia de la nave expedicionaria francesa en tierras del continente africano.

Tales circunstancias terminarían por orillar a Humboldt hacia ese nuevo lugar de destino, ubicado en las inmediaciones del escasamente conocido Virreinato de la Nueva Granada (Colombia). Un viaje que le permitirá tocar tierra firme en la boca del río Atrato y de ahí trasladarse al fuerte de Cartagena, un punto de avanzada para continuar hacia la capital virreinal tal como lo hicieron en el pasado los europeos que se encontraban a la saga del tesoro del Dorado, siguiendo las huellas del que hasta hoy sigue siendo la principal arteria de comunicación interna del país, en este caso del río Magdalena, sobre el cual, por cierto, Humboldt elaboró un bosquejo cartográfico, tal vez el único hasta ese momento, el cual proporcionaría a las autoridades virreinales a su llegada a Santa Fe de Bogotá, donde además sostuvo un singular encuentro con el célebre botánico, José Celestino Mutis, director de la expedición botánica del Nuevo Reino de Granada (Frías,1991:7).

Otra de las inquietudes de Humboldt a su paso por el territorio neogranadino fue conocer en persona a Francisco José de Caldas, otro de los más notables científicos criollos del virreinato y a quien se le podría adjudicar el título del “padre de la geopolítica colombiana”. Caldas había estado ansioso de afianzar una relación científica con el geógrafo alemán, e incluso había acariciado la idea de que este le permitiera incorporarse a sus viajes. Par razones poco aclaradas, el Barón se rehusó a que Caldas se sumara a su expedición científica, a pesar de los merecidos atributos que le merecían su vasta obra científica (Ostos, 2013: 78-80).

Hasta ese momento, y derivado de esta experiencia de viaje, Humboldt logra gracias a su método de comparación enfatizar en la condición de verticalidad que le atribuye al territorio neogranadino, en contraste con el permanente sentido de horizontalidad geográfica que precisa para el caso de la vecina Venezuela. Un aspecto que para el caso granadino, deriva esencialmente del predominio de la cadena montañosa de los Andes y se convierte hasta los tiempos presentes en un influjo natural que divide al territorio en unidades aisladas, separadas e inconexas.

Aunado también al sentido de sus ríos, los cuales transcurren de forma paralela en dirección Norte a Sur, creando mayores dificultades para la capital, ubicada de forma lejana sobre una reducida meseta localizada a 2,650 metros de altitud sobre el nivel del mar, lo que de cierta manera limita su intercambio comercial y el traslado de sus pobladores hacia los puntos de contacto con el mundo exterior, acerca de lo cual Humboldt afirmó lo siguiente:

Tal es la llanura elevada de Santa Fe de Bogotá (capital) donde se cultiva con esmero el trigo de Europa, las patatas...en medio de lo cual no se habla de valles ni amplias llanuras, sino de un conjunto de alturas aisladas entre

sí, forman, por decirlo así, islotes en medio del océano aéreo. Los pueblos que habitan estos paramos helados, se están sin salir de ellos temiendo bajar a los países inmediatos, donde reina un calor sofocante y dañoso a los primitivos habitantes de los altos Andes (Humboldt, 2002: 21).

Quito, la actual capital de Ecuador, en enero de 1802, dicha localidad se convirtió en otro estupendo laboratorio de trabajo para los dos expedicionarios europeos, quienes permanecieron cerca de un año indagando acerca de la geología de la cordillera de los Andes, estudiando la altura de sus cimas nevadas, la intensa actividad de sus volcanes y por ende, analizando las causas de sus terribles terremotos como el ocurrido el 7 de febrero de 1797. Aunado a la recopilación de información de los modos y costumbres de sus pobladores, además de ampliar su nutrida colección botánica que le permitiría, pocos años después, publicar la obra que tituló el *Ensayo sobre la geografía de las Plantas (1807)*, (Ezcurra, 2002: 7).

Sin duda, su estancia por Ecuador, el lugar más céntrico del planeta, el mismo que por obviedad se encuentra atravesado por la línea ecuatorial, haría del Este un *paisaje* con un importante valor geoestratégico en la propia visión del expedicionario alemán, lo que en consonancia con él, sería también un espacio a considerar por otros geopolíticos posteriores como fue el caso del judío- holandés, Nicholas Spykman, cuando comenta:

La situación geográfica de un país respecto de la línea del Ecuador y de los océanos y masas continentales, determina la mayor o menor proximidad a los centros de poder, a las áreas de conflicto y a las grandes rutas de comunicación, y su emplazamiento con relación a los vecinos inmediatos define la situación que ocupa en lo que atañe a los posibles enemigos y a los problemas básicos de su seguridad territorial (Spykman, 1944:47-49).

En esa tesitura, Colombia y Venezuela se ubicarían desde el punto de vista estrictamente geográfico en el sub-continente sudamericano, pero desde el espectro geopolítico se ubicarían como parte del mundo intermedio, al igual que Ecuador, situados entre los dos continentes Norte y Sur; lo que a su vez convierte esencialmente a las futuras naciones independientes del predominio español en una especie de “área tapón” o de *antemural* entre el Mar Caribe y los territorios andinos, además de un punto de conexión importante hacia el que se perfila desde la época de Humboldt y hasta los tiempos presentes, como el principal *centro de poder* en el continente: Estados Unidos.

Así, tras permanecer una larga temporada en Ecuador y agregar un miembro más a la comitiva expedicionaria como fue el caso del quiteño Carlos Montúfar, su última escala de trabajo en la América del Sur se llevó a cabo en la cuna de los Incas. La provincia del Virreinato del Perú, lugar al

que acuden, entre otras cosas, para observar los sorprendentes vestigios de un imperio colosal ubicado en las alturas la cordillera andina.

En ese sentido, Humboldt y sus acompañantes se maravillan en Cuzco del sentido de los constructores para la simetría y la exactitud con que la piedra ha sido labrada y trabajada sin mortero...Elogia las calzadas y las compara: “*lo que he visto de las calzadas artísticas en Italia, en el sur de Francia y en España, no era más impresionante que estas obras de los antiguos peruanos*”. Luego de presenciar el legado arquitectónico de los Incas, descendieron por el río Chamaya, que les condujo a las aguas del Amazonas, navegando por este último hasta las cataratas de Tomependa, que poseen, según la propia opinión de Humboldt, “uno de los climas más fértiles y más ardientes del mundo habitado” (Bühler, 2006: 62).

Desde el Amazonas volvieron hacia el sudeste por la cordillera de los Andes hasta Montán, donde nuestro experto en mineralogía tuvo oportunidad de observar las impresionantes minas de plata de Hualgayoc, ubicadas a 3 mil 896 metros de altura sobre el nivel del mar. Allí pudo constatar las dificultades de quienes laboraban al interior de estas minas sofocantes, en cuyos alrededores prevalecía una escasa población, haciendo de tan rico lugar en términos de su riqueza metálica, el más mísero y aislado, ajeno al contacto con la *civilización*.

Ya estando en la región de Cajamarca, descendieron hacia Trujillo por la vertiente occidental de los Andes hasta encontrar por fin, la vista hacia las inmensidades de la costa del Océano Pacífico. Después de esta odisea, entre las faldas y picos de los Andes *-esas enormes murallas naturales-*, transitar a través del más caudaloso río del planeta, Humboldt pudo comprobar una vez más que, en efecto, la variabilidad de los climas y su incidencia en la producción agrícola, aunado a las condiciones para su comercio, considerando las comunicaciones y los aspectos vinculados a la defensa militar de que depende la seguridad exterior de la Colonia, han de convertirse desde la perspectiva de una geopolítica “formal” que observamos en Humboldt en “aspectos (que pueden) interesar al hombre de Estado, cuando calcula las fuerzas y la riqueza territorial que se posee” (Humboldt, 2002: 21).

Por eso, su visita a la selva amazónica del Perú le permitió afirmar que, “la prosperidad y la riqueza de sus habitantes, depende de una libre navegación por el río de las Amazonas” (Humboldt, 2002: 16); una libertad hasta entonces negada por parte de Portugal a los españoles, y que será uno de muchos aspectos a considerar por quienes en el terreno de lo político y en un futuro próximo, se encargarán de tomar las decisiones más acertadas para la sobrevivencia y la proyección de las nuevas naciones independientes en la América hispana.

Lo anterior, entonces, visto desde el enfoque geopolítico del Perú, advierte sobre las limitantes que constriñen la capacidad de proyección de este virreinato para hacer más verosímil y ágil su intercambio, ya no sólo comercial,

sustentado en su valiosa producción minera, sino además en su admirable valor cultural. Una situación muy contrastante con respecto al virreinato de la Nueva España, debido a su favorable condición bioceánica natural, que desde la perspectiva de Humboldt, motivó el continuo intercambio comercial y cultural hacia el Viejo Mundo, pero también en dirección a otros dominios como se presentaban con el Asia Pacífico.

Por otro lado, bien vale la pena mencionar que meses antes de llegar a Lima, Humboldt recibió una carta del Instituto Nacional de Francia en la que le comunicaban acerca del retraso que presentaba el capitán Baudin para arribar a tierras americanas, por encontrarse aún en la lejanía del cabo de Buena Esperanza. Por consiguiente, el deseo de unirse a esta expedición en dirección a las indias orientales se esfumaba por completo, pero en el horizonte aparecería el que será su más prometedor destino: el virreinato de la Nueva España (México).

Todos los caminos conducen a México

En su trayecto hacia la Nueva España a través del océano Pacífico, luego de salir del puerto el Callao y tocar tierra firme por algunos días en el puerto de Guayaquil de camino al puerto de Acapulco; Humboldt pudo constatar el desamparo en el que se encontraba el actual istmo de Panamá, afirmando que:

Si alguna nación emprendedora quisiera apoderarse del istmo, lo podría hacer mejor en el estado actual, en el cual presenta bellas y muchas fortificaciones, pero faltas de brazos para defenderlas. (Incluso) la insalubridad del clima, aunque ya se ha mejorado mucho en Portobelo, haría por sí sola harto difícil un ataque militar en el istmo. (Así), cuando se establezca un canal de comunicación entre los dos océanos, las producciones de Nutka Sund y de la China se acercarán de la Europa y de los Estados Unidos más de dos mil leguas. Sólo entonces se verificarán grandes mudanzas en el estado político del Asia Oriental (Humboldt, 2002: 17-18).

Observación que llegaría a oídos de la dirigencia política estadounidense, cuando para el mes de junio de 1804, Humboldt concluya su estancia de cinco años en el continente americano visitando las ciudades de Filadelfia y Washington, estableciendo contacto directo con la élite política y científica encabezada por el presidente Jefferson y su sequito de intelectuales suscritos a la Sociedad Filosófica Americana, decididos a avanzar en el logro de su mayor hazaña, la cual consistía en la “medición del mundo” (Casper, 2011:253).

En efecto, dicha tarea comenzaría a surtir los frutos esperados, particularmente a mediados del siglo XIX, al momento en que los estadounidenses realizaran sus inversiones al interior del territorio panameño

con la finalidad de adelantar las primeras tareas de construcción de un ferrocarril transoceánico (Vega, Jauregui, Ortiz, 2003: 46), cuyos resultados tendrían una enorme repercusión hasta los días presentes para agilizar el comercio mundial, al concretarse lo que más tarde serían los planes del geopolítico estadounidense, el Almirante Alfred T Mahan, cuando sugirió que el territorio de Panamá se convirtiera en el punto geográfico desde el cual la dirigencia política de su país pudiera abrazar el globo (Mahan, 2000:76-85).

Hasta aquí, nuestro hombre de ciencia, a quien se le considera el prototipo de “ciudadano universal”, el “segundo descubridor de América después de Colón”, logra con su visita un tanto fortuita y deliberada al Nuevo Mundo establecer un *parteaguas* para la investigación científica acerca del Continente. Lo que derivaría en una mayor atención de toda América, esencialmente para el desarrollo y la experimentación de campos diversos tanto del ámbito de las ciencias naturales, y las ciencias sociales, al igual que de las humanidades. Prueba de ello se presentará con la posterior visita del científico británico Charles Darwin, asiduo lector de Humboldt, quien a su paso por el territorio brasileño, la Tierra de Fuego (Argentina) y las islas Galápagos (Ecuador), se convertirán en sitios de experimentación y comprobación de lo que será la formulación de su afamada teoría sobre la evolución de las especies (Labastida, 1991: XIX).

Retomando la travesía por el Pacífico de Humboldt y sus dos acompañantes, partiendo de Guayaquil en dirección al Norte del Continente, se trató de un viaje lleno de experiencias variadas, algunas ocasionadas por las inclemencias del tiempo, una de las cuales fue la severa tormenta acaecida en el Golfo de Nicoya antes de su arribo al puerto de destino en Acapulco, convertido en el favorito desde cuando se efectuaban los recorridos del Galeón de Manila hasta su desembarco en la principal puerta de entrada de México sobre las aguas del Pacífico. Un lugar que según el científico prusiano era “célebre por la belleza de su puerto, que parecía formado por terremotos, por la miseria de sus habitantes y por su clima tan abrasador como malsano” (Humboldt, 2002: 63).

De este modo, su arribo al territorio mexicano afianzó cada vez más la valía de su método de comparación entre una y otra colonia, el cual se expone a lo largo de su obra el *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*. Al tiempo que se puede percibir como una genuina *-carta de presentación geopolítica-* acerca de las potencialidades de México, lo que tendería a ser del máximo interés de todos aquellos que podrán acceder a esta obra publicada en París en 1811, cuya originalidad también se centró en la inclusión de mapas, ilustraciones (acuarelas) y tablas estadísticas, las cuales le otorgaban un atractivo sin par a dicha obra a partir de aquel momento hasta nuestros días.

Al respecto, Humboldt se encargaría de elaborar una descripción, si se quiere, bondadosa y altamente estimulante acerca del virreinato de la

Nueva España, capaz de contrastar aspectos tales como la dimensión de su territorio, el tamaño de su población, además de las ventajas de su ubicación; diferenciándola de otras como con respecto a Estados Unidos, la propia España y Estados Unidos, lo que se describe a continuación:

*Compararemos por curiosidad la extensión y población del imperio de México con la de los dos con quienes esta bella colonia se encuentra unida y rival bajo varios aspectos. **La España** es cinco veces más pequeña. Prescindiendo de desgracias imprevistas, se puede calcular que en menos de un siglo igualará la población de México a la metrópoli. **Los Estados Unidos** de la América Septentrional, después de la cesión de la Louisiana y desde que no quieren reconocer otro límite sino el río Bravo del Norte, cuentan 260,000 leguas cuadradas de superficie. Su población es muy poco mayor que la del reino de México ... (Sin embargo), La de los Estados Unidos, aunque en un suelo y en un clima menos favorecido por la naturaleza, crece con infinita mayor rapidez... (con la dificultad) que en los Estados Unidos pasa de un millón los esclavos africanos, que es la sexta parte de toda su población (Humboldt, 2002: 6).*

Lo anterior, entonces, nos permite entender el modo en que Humboldt tiende a observar un gran potencial para México, al considerar el espacio que ocupa en el globo y el número de sus habitantes; la naturaleza de su suelo, la configuración de sus costas, el clima, la energía de la nación y, sobre todo, el grado de perfección de sus instituciones dedicadas al ámbito académico y cultural. Se trata de una primera impresión, altamente positiva desde su traslado del puerto de Acapulco en dirección a la capital virreinal, advirtiendo que para “las condiciones futuras del comercio mundial con respecto a China, el Japón o la Rusia, bastará con hacer una soberbia calzada en toda esta bajada oriental de la Cordillera”. Lo que su vez “tendrá un singular influjo en el bienestar de los habitantes de todo el reino de Nueva España. Millares de mulos serán reemplazados por carros que llevarán las mercancías del uno al otro océano, y acercarán por decirlo así, el comercio asiático de Acapulco al europeo (a través de) Veracruz” (Humboldt, 2002: 22-23).

De ahí resulta el énfasis que hace Humboldt de México, al catalogarlo como un país bioceánico. Una condición geopolítica y geoestratégica que lo sitúa en medio de las dos más importantes ventanas de conexión mundial: el Océano Pacífico y el Atlántico, característica que atañe a muy pocos países y que para el caso del vecino del norte, Estados Unidos, cabe subrayar que se trató de un proceso con muchos retos antes de convertirse en país bioceánico; lo cual deviene de su formación inicial con las Trece Colonias y criterio de crecimiento de su “espacio vital” con la incorporación de la Florida, seguido de la compra de la Luisiana, hasta la anexión de los territorios del norte de México y concretar las negociaciones con Rusia, esencialmente la compra de

Alaska, primordiales para engrosar un vasto territorio con salida directa a las costas en el océano Pacífico.

Según Humboldt, otra de las potencialidades de México y que será motivo de futuras intervenciones a su territorio por parte de las principales potencias del orbe internacional en el período decimonónico, tuvo que ver con sus notables progresos en su industria nacional, particularmente las que atañen a sus riquezas metálicas. En Perú, por ejemplo, encontró que las minas de plata más considerables eran las de Potosí, Pasco y Chota, localizadas en las elevaciones más cercanas al nivel de las nieves perpetuas, a las cuales acuden de lejos sus trabajadores, los víveres y las bestias de carga a lugares de llano, donde el agua se hiela todo el año y donde los árboles no pueden vegetar.

Al contrario, en México las más ricas venas de plata como son las de Guanajuato, Zacatecas, Taxco y Real del Monte, las cuales se encuentran a la altura media de mil 700 a 2 mil metros; lo que hace que las minas, por consiguiente, estén rodeadas de campos de labor y de pueblos grandes y pequeños, entre tanto, las cumbres inmediatas se hallan coronadas de bosques, y todo facilita el beneficio de las riquezas subterráneas (Humboldt, 2002: 27).

La otra ventaja del México virreinal, según Humboldt, se encontraría en su estimulante capacidad para la producción y comercialización de alimentos, al convertirse en una especie de granero para el globo, al afirmar que:

La mayor parte del extenso reino de Nueva España es de los países más fértiles de la tierra. La falda de la Cordillera experimenta algunos vientos húmedos y frecuentes nieblas; y la vegetación alimentada con estos vapores acuosos, adquiere una lozanía y una fuerza muy singulares. (Por consiguiente) el vasto reino de la Nueva España, bien cultivado, produciría por sí solo todo lo que el comercio va a buscar en el resto del globo: el azúcar, la cochinilla, el cacao, el algodón, el café, el trigo, el cáñamo, el lino, la seda, los aceites, y el vino. (Humboldt, 2002: 29-30).

Efectivamente, su arribo a la que llamó Humboldt la “ciudad de los palacios”, crea en él una situación de contraste, admiración y esplendor sin igual, respecto a lo visto en las anteriores colonias del Nuevo Mundo. Frente a ello advierte que, “la situación física de la ciudad de México ofrece inestimables ventajas, considerándolas respecto a sus comunicaciones con el resto del mundo civilizado. Colocada en un istmo bañado por el mar del Sur y por el Océano Atlántico, parece destinada a ejercer un grande influjo en los sucesos políticos que agitan entre ambos continentes” (Humboldt, 2002: 30).

De esta manera, la capital de México se presentaba como una digna representante del *progreso* de la colonia más aventajada en términos de su riqueza y que además, se podía apreciar en la presencia de algunas instituciones

de vanguardia como eran los casos de *La Escuela de Minas*, dirigida por el sabio Elhuyar, lugar en el que Humboldt analizó fascinantes colecciones de física, mecánica y mineralogía. Lo era también la *Academia de las Nobles Artes* de la cual egresaron los arquitectos más afamados, encargados de embellecer la ciudad con recintos acerca de los cuales Humboldt opinó lo siguiente:

...Quizás no haya ciudad en toda Europa que sea en conjunto más hermosa que México. Tiene la elegancia, la regularidad, la uniformidad de los bellos edificios de Turín, de Milán, de los barrios más bellos de París, de Berlín. Compara todas las ciudades que ha ido conociendo en sus años de viaje, y llega a la conclusión de que la ciudad de México “ha dejado en mi memoria un idea de grandeza que debe atribuirse al carácter imponente de su posición y a la naturaleza que la rodea (Bühler, 2003: 70).

A esta lista de instituciones que hacían del México virreinal un -eje de la cultura en la América hispana-, se agrega también la *Real y Pontificia Universidad de México*, hoy reconocida como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Se trataba de un recinto que, aun cuando le parecía reducido, llegaría a convertirse en un sitio idóneo para la reflexión científica, particularmente para dar a conocer sus valiosas aportaciones en lo que será el primer gran impulso a los estudios de la Antropología en México.

Fue allí, en la biblioteca de la Universidad, donde Humboldt comenzaría a dilucidar las razones que afianzaron la grandeza de México a partir de minuciosos estudios que hizo acerca de la aparición de un colosal imperio como el mexica, junto al legado de grandeza heredado de los mayas. Siendo estos últimos quienes a través de sus *códices* legaron de forma temprana la esencia de un auténtico *país de libros*, convertido en un valioso material que reúne expresiones, símbolos y jeroglíficos, pero además revelaciones tanto de lugares estratégicos, personajes de la vida política, objetos nativos y demás descubrimientos; *códices* que siguen siendo objeto de estudio y análisis en importantes bibliotecas del mundo como la de Bolonia, El Escorial, Roma, Veletri, Viena, Berlín y Londres (León-Portilla, 2006: 127).

Precisamente, en el patio de la universidad, Humboldt se encuentra con una refundida y poco estudiada figura prehispánica. Se trataba de una deidad que no presentaba ningún carácter humano, la Coatlicue (la madre de los dioses), que actualmente y para fortuna de los mexicanos se expone en el Museo Nacional de Antropología, un monumento que despertó toda suerte de opiniones y referencias para el connotado prusiano, quien la consideraba con formas poco atractivas y de mal gusto en términos estéticos; sin embargo, en su verdadera interpretación encarnaba el elevado nivel de desarrollo del México antiguo, cuya asimetría dista del estándar greco-romano, convertido en el principal referente para los europeos de la época.

Otra escultura que atrajo la atención del sabio prusiano y sobre la que hace una amplia exposición en el *Ensayo*, será la Piedra del Sol o también conocida como Calendario Azteca. Un monolito que se calcula en 24 mil 400 kilos, el cual encontró empotrado a un costado de la Catedral, frente a la calle de 5 de mayo, a la vista pública. Y que en opinión de Humboldt, daba cuenta de las bondades de una auténtica civilización al precisar lo siguiente:

Conocían el uso de las pinturas jeroglíficas; sabían fundir los metales y cortar las más duras piedras; tenían un año solar más perfecto que el de los griegos y romanos. La forma de su gobierno indicaba que descendían de un pueblo que había experimentado ya grandes vicisitudes en su estado social. Pero ¿de dónde les venía esta cultura? ¿Cuál es el país de donde salieron los toltecas y los mexicanos? (Humboldt, 2002: 52)

En lo que respecta a los temas de la seguridad y la defensa del virreinato, sus traslados por el continente lo llevaron a precisar que la salvaguarda del reino de México dependería, y eso resulta aplicable hasta nuestros días, de un buen trato y acercamiento con el conjunto insular del Caribe, pero particularmente con Cuba; por ser el único puerto inmediato que para ese momento estaba en capacidad de recibir escuadras, pero además, por convertirse en ese “centinela” que abre y cierra la puerta de ingreso al Golfo de México, una constante hasta nuestros días.

La percepción geopolítica de Humboldt sobre las colonias novohispanas tras su visita a Estados Unidos

Tal como se mencionó antes, el final de la prolongada estadía de Humboldt en tierras del Nuevo Mundo concluiría en suelo estadounidense. Se trató de una invitación gestionada por el propio cónsul de Estados Unidos en la Habana, Vicent Gray, quien enterado de la valía de las investigaciones adelantadas por el científico europeo en varias de las colonias novohispanas que visitó, reconoció el notable interés que dicha información podría generar a otro “hombre de ciencia y política” como se trataba del mandatario en turno, Thomas Jefferson. Este último, interesado en conocer -cara a cara- al experto en minas, al botánico, al geógrafo, al economista, al astrónomo, pero también al político y diplomático prusiano, quien se aventuró con sus propios recursos financieros y bajo la autorización de la corona española a emprender uno de los más prolongados, y a su vez ambiciosos estudios acerca del Nuevo Mundo (Sandra Rebok: 359).

De este modo, Humboldt acudía a su cita en Filadelfia y Washington con un legado de datos *preliminares* acerca del virreinato de la Nueva España, la llamada “Joya de la Corona”, cuya admiración terminaría por expresar en su obra el *Ensayo Político (1811)*, en la que incluyó información sustantiva

sobre el resto de la América hispana e insular. Datos que serían de enorme trascendencia en los planes de ejecución de una política de Estado expansiva como se proponía la dirigencia estadounidense de su época.

Es por ello que, funcionarios de alto nivel como el propio secretario de Estado, James Madison y el secretario del Tesoro, Albert Gallatin, se mostraron más que dispuestos a recopilar toda suerte de datos, mapas y gráficos que acompañaban a Humboldt y que a su vez podrían darles mayores luces acerca de lo que había allende de esa *–nueva frontera–*, la cual se avizoraba de vital importancia tras concretarse las negociaciones con la Francia napoleónica para adquirir el vasto territorio de la Luisiana. Al respecto, el prusiano comentó que se trataba de un lugar “virgen y deshabitado”, además de desértico, cuyos pobladores eran personas blancas de origen español en su mayoría, dedicados al cultivo del maíz, destacando también la presencia de dos arterias fluviales importantes como el río Bravo y el Sabinas (Casper, 2011: 256-257).

Al respecto, Sandra Rebok precisa que los acercamientos entre Humboldt y Jefferson no concluyeron con dicha visita, sino que se van a prolongar en el tiempo, dando lugar a un cada vez mayor acercamiento por parte del mandatario estadounidense con la comunidad científica en Europa, esquema dentro el cual el alemán fungía como enlace entre los científicos e intelectuales de uno y otro lado del Atlántico (Rebok, 350-359). Así, entonces, la correspondencia entre ambos los acercaba al compartir puntos de vista en común como la promoción del libre mercado, pero también los hacía discrepar en otros aspectos como el tema que aborda la emancipación de los esclavos en las minas y haciendas de todo el continente (Schwarz, 2001).

Tras lo expresado por Humboldt en su renombrada publicación el *Ensayo político*, dedicada a S. M. don Carlos IV, previo a dicha publicación en 1811 se dieron a conocer otras obras del mismo autor. En 1807, nuevamente en París y en lengua francesa, se publicó el *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*; en 1810, a inicios del grito de la independencia de México, había aparecido el *Atlas pintoresco del viaje (vistas de las cordilleras y de los monumentos de los pueblos indígenas de la América)*. Un año después se generó gran expectativa con el *Atlas geográfico y físico del reino de la Nueva España (1811)*, y finalmente en 1814 se editó el *Atlas geográfico y físico del Nuevo Continente*.

Tal como lo señala Ortega y Medina, este sinnúmero de publicaciones servirán de cierta manera para redescubrir a México, y al mismo tiempo a Hispanoamérica entre los intelectuales e inversionistas de Europa y Norteamérica. Se trataba de publicaciones vanguardistas para aquel momento, sobre todo al incluir mapas, tablas estadísticas y un amplio compendio de acuarelas que, previo a la aparición de técnicas como la fotografía, contribuían en ese redescubrir de genuinos paisajes característicos del Continente Americano.

En ese sentido, se puede afirmar que su obra pasó a convertirse en una especie de guía, compendio, promocional y texto de cabecera para muchos intelectuales de Europa y Norteamérica e incluso de otros Continentes, al tiempo que de la élite criolla en América, varios de ellos contagiados de las ideas libertarias y de emancipación por parte de las coloniales respecto al dominio de la metrópoli.

Bajo esa consideración, afirma Ortega y Medina que, “aquellas primeras reflexiones mexicanas sobre la obra de Humboldt presentan naturalmente un matiz favorable; la revelación humboldtiana contribuye a afirmar el autoconocimiento y por consiguiente enraíza la incipiente conciencia nacional e incluso contribuye a la formación de un clima espiritual y político de orgulloso criollismo mexicano, que se finca en buena parte en las imaginadas riquezas reales y potenciales puestas de manifiesto por el ilustre viajero alemán. El *Ensayo político* contribuía a fincar las esperanzas nacionales políticas, económicas y culturales de un México ya redimido y de futuro glorioso” (Ortega y Medina).

Asimismo, se puede precisar que el *Ensayo*, aunque cronológicamente no pudo servir a la insurgencia mexicana, sí pudo perfectamente orientar la independencia y encaminar los primeros pasos del México imperial y después del republicano. Para los hombres que hicieron y consolidaron la independencia no cabe la menor duda que la descripción de la situación social, política, económica y espiritual de la Nueva España a principios del siglo XIX, serviría para rechazar o justificar la presencia de España, y en consecuencia para concretar su emancipación de dicho imperio. Al respecto, el historiador Carlos Pereyra hizo la siguiente reflexión:

Ensayo político que ha sido la fuente de todos los errores y de todos los aciertos. Ese libro fue el inspirador de Mora y de Alamán, de Zavala y del doctor Mier. Sus páginas animaban a los agentes de Jackson y Polk en sus planes de filibusterismos. La obra de Humboldt puso celajes magníficos en las obsesiones insensatas de Napoleón III. Y no pudo estar ausente en los planes reestructivos de Díaz y Limantour. Eran pocos los habitantes de la América española que pudieron leer el Ensayo hasta que se publicara la traducción española en 1822, cuando ya estaba casi consumada la Independencia.

Es por ello que, un criollo como Lucas Alamán, se dirige a Humboldt a través de una misiva fechada el 21 de julio de 1824, en la que desde México, le agradece sus acertadas apreciaciones sobre el futuro del país, diciendo:

Los luminosos escritos de V. S. relativos a América, frutos de sus talentos y de sus viajes a esta parte del globo, han sido recibidos generalmente con aquella estimación que reclaman sus interesantes materias y las noticias de que abundan. Ellas hacen formar un cabal concepto de lo que podrá ser México bajo una buena y liberal Constitución,

por tener en su seno los elementos todos de la prosperidad, y su lectura no ha contribuido poco a avivar el espíritu de Independencia que germinaba en muchos de sus habitantes, y a despertar a otros del letargo en que los tenía una dominación extraña (Humboldt, Cartas Americanas: 269).

Al igual que Lucas Alamán, otros personajes de la vida política del México independiente se sintieron agradecidos y en deuda con Humboldt, destacando en muchos de los casos su tino para exaltar la conciencia territorial del país, por lo cual se le premió al barón, otorgándole la nacionalidad mexicana en 1827. Mientras que a través del Decreto del 29 de junio de 1859, don Benito Juárez, presidente de la República, lo declaraba “Benemérito de la Patria, al señor barón Alejandro de Humboldt”, además de solicitar a un taller en Italia “una estatua de tamaño natural, de mármol, que representase al señor Humboldt”, para colocarla en el Seminario de Minas, monumento que actualmente reposa en el patio de la Biblioteca Nacional de la Ciudad de México (Matos, 1999: XVIII).

Habrán también quienes por el contrario, descubran en obras como el *Ensayo político* ciertas exageraciones, omisiones e impresiones. Fue el caso del primer diplomático británico asignado al México independiente, Henry George Ward, autor de la obra *México en 1827*, cuya principal encomienda consistió en sugerir y aconsejar, esencialmente a los empresarios de la minería de su país, acerca de los verdaderos retos que enfrentaba un México recién independizado, demasiado idealizado por Humboldt, cuando señala que:

Nada puede haber más imperfecto hasta ahora que nuestro conocimiento de este vasto país. Incluso muy pocos de los principales pueblos y ríos están correctamente localizados, y consecuentemente, ni siquiera existen los elementos de un buen mapa. Humboldt hizo mucho por corregir los errores que prevalecían en su tiempo; pero sus observaciones estuvieron confinadas a un círculo relativamente reducido, y en las de otros no podría confiar (Ward, 1995:30).

Por su parte, el mexicano Daniel Cosío Villegas, afirmó que el principal error de Humboldt sobre México había sido verlo con ojos ajenos, extraños; es decir, bajo una visión colonialista, un México proveedor de materias primas, por lo cual concluye que, el barón sólo juzgaba el futuro de México con ojos de extranjero (Salmerón, 128).

Los propios alemanes contemporáneos a Humboldt, luego de publicarse y difundirse su obra, la consideraron como una chispa que “encendió una llama tan grandiosa, que de pronto todo el mundo en Alemania se ocupó de México”, (Collenberg, 1936).

De este modo, Humboldt inauguró, por consiguiente, la etapa del interés alemán (científico, minero y mercantil) por el que concibió con el país de

ensueño. Hecho que motivó la visita de nuevos viajeros alemanes a México y el resto de las ex colonias novohispanas. Entre ellos, cabe también destacar la presencia del iniciador de la geopolítica clásica alemana, Friedrich Ratzel, quien tras haber permanecido en Estados Unidos durante una larga estancia, se trasladó a México en el año de 1874, decidido a constatar todo lo visto por Humboldt varias décadas atrás (Ratzel, 2009:26).

A partir de entonces, y siguiendo Andrew Sluyter, los viajes del barón prusiano permitirán visualizar aquellas ventajas, pero también enormes carencias ligadas a regiones insertas en el “subdesarrollo”, contexto del cual no escapan aún en la actualidad diversas naciones que conforman la América Latina y del Caribe (Sluyter, 2006: 95).

En resumen, el legado de Humboldt sigue siendo un *parteaguas*, una referencia obligada para quienes se interesan en acercarse y profundizar en un tipo de geopolítica de carácter formal o práctico. Incluso para quienes puedan estar de acuerdo en que la obra de este alemán de comienzos del siglo XIX, generó desde entonces un nuevo *discurso*, con el ánimo de “construir” lo ya establecido, poniendo en el centro del debate político, económico, científico y cultural al Nuevo Mundo. Un hecho singular que transformará en adelante la apreciación que se tenga de las naciones que integran el continente americano, al igual que servirá para avivar la *conciencia territorial* de un México que, desde la percepción geopolítica de Humboldt, se encuentra llamado a ocupar un lugar preponderante dentro del *Cosmos*.

Fuentes consultadas

Bourguet Marie Noelle, “El mundo visto desde lo alto del Teide: Alexander Von Humboldt en Tenerife”, Paris, Université Paris 7- Denis Diderot, Centre Alexandre Koyré, 2003.

Briceno Claudio Alberto, “Alejandro Humboldt: Visión neohistórica de Venezuela”, en De Ita Rubio, Lourdes y Sánchez Díaz, Gerardo, (Coord.) Humboldt y otros viajeros en América Latina, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2006.

Buhler Dirk, “La visión de Humboldt de la arquitectura americana”, en Antiguo Colegio de San Idelfonso, Alejandro de Humboldt. Una visión del mundo, México, UNAM, CONACULTA, Gobierno del Distrito Federal, 2003.

Casper Gerhard, “A Young Man from “ultima Thule” visits Jefferson: Alexander von Humboldt in Philadelphia and Washigton, The Jayne Lectura, The American Philosophical Society, vol 155, No. 3, septiembre 2011.

Excurra Ezequiel, “Redescubriendo a Alexander von Humboldt”, en revista ciencia 66 abril, junio 2002.

Frías Núñez Marcelo, José Celestino Mutis. Viaje a Santa Fe, Madrid, Crónicas de América 66, Historia 16, 1991.

Hernández Masu Miguel, Canarias otra mirada, Viajeros, exploradores y naturalistas, Tenerife, Fundación Canaria Orotava, 2007.

Humboldt Alejandro de, Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, México, Editorial Porrúa, 2002.

_____, “Breve relación del viaje”, en Antiguo Colegio de San Idelfonso, Alejandro de Humboldt. Una visión del mundo, México, UNAM, CONACULTA, Gobierno del Distrito Federal, 2003.

Labastida Jaime, “Humboldt: su concepto de mundo”, en Antiguo Colegio de San Idelfonso, Alejandro de Humboldt. Una visión del mundo, México, UNAM, CONACULTA, Gobierno del Distrito Federal, 2003.

_____, Humboldt. Ciudadano Universal, México, Siglo Veintiuno Editores, 1999.

León-Portilla, Miguel, “Humboldt y los códices mesoamericanos”, en Antiguo Colegio de San Idelfonso, Alejandro de Humboldt. Una visión del mundo, México, UNAM, CONACULTA, Gobierno del Distrito Federal, 2003.

Mahan Alfred, El interés de Estados Unidos de América en el poderío marítimo. Presente y futuro, San Andrés, Universidad Nacional de Colombia, 2000.

Matos Moctezuma Eduardo, “Alejandro de Humboldt o Europa descubre México”, Humboldt. Ciudadano Universal, México, Siglo Veintiuno Editores, 1999.

Ostos Cetina María del Pilar, “Las aportaciones de Francisco José de Caldas para la construcción de un diseño geopolítico colombiano”, en Revista del Centro de Estudios Superiores Navales, México, CESNAV-SEMAR, Vol. 34, No. 4, octubre-diciembre 2013.

Nogué Font Joan y Vicente Rufi Joan, Geopolítica, identidad y globalización, Barcelona, Ariel Geografía, 2001.

Paulsen E., Alex, Alexander von Humboldt, “Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo”, Revista de Geografía Norte Grande, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, número 54, 2013.

Puig-Samper Miguel Ángel, "Humboldt, un prusiano en la corte del Rey Carlos IV", *Revista de Indias*, vol LIX, número 216.

Ratzel Friedrich, *Desde México. Apuntes de viaje de los años 1874-1875*, México, ed. Herder, 2009.

Rucinque Héctor y Jiménez Wellington, "El papel de Humboldt en el origen y desarrollo de la geografía moderna, Bogotá, *Revista Semeestre geográfico*, Asociación Colombiana de Geógrafos, vol. 1, no. 2, octubre de 2001.

Salmeron Sanginés Pedro, "El mito de la riqueza de México variaciones sobre un tema de Cosío Villegas".

Sandra Rebok, "Enlightened correspondents The transatlantic Dialogue of Thomas Jefferson and Alexander von Humboldt", *Virginia Magazine of History and Biography*, vo 116, No. 4

Schwarz Ingo, "Alexander von Humboldt's visit to Washington and Philadelphia his friendship with Jefferson and his fascination with the united States, en *Northeastern naturalism*, Eagle Hill Institute, Vol. 8, 2001.

Sluyter Andrew, "Traveling/writing the unworld with Alexander von Humboldt", en Hauteserre (eds), *Landscape of a New Cultural economy of space*, Amsterdam, 2006.

Spykman Nicholas John, *Estados Unidos frente al mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

Vega Renán, Jáuregui Sandra y Ortiz Luis Carlos, *El Panamá colombiano en la repartición imperialista*, Bogotá, Ediciones Pensamiento crítico, Alejandría Libros, 2003.

Ward Henry George, *México en 1827*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Revistas

Revista Geopolítica(s), revista de estudios sobre espacio y poder, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Vol. 1, No.1, 2010.

Páginas electrónicas

Gillis Anna María, "Humboldt in the New World", en *Humanities. The magazine of the national endowment for the humanities*, noviembre y diciembre, Vol. 33, No. 6, 2012. Ver en su página electrónica www.neh.gov

Humboldt Alejandro de, *Cartas Americanas*, Biblioteca Ayacucho, ver texto en línea en <https://books.google.com.mx/>

Rush Timothy, "La tradición de Alejandro de Humboldt en las Américas", Washington, Instituto Schiller, 2001. Ver en línea en www.schillerinstitute.org

Ortega y Medina, Juan, "Humboldt en la conciencia mexicana del siglo diecinueve", ver página electrónica

<http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/humb/humboldt/humboldt-ini.html>